

del despertar de la Mente, aquél Adam recibe un soberano impulso que le permite acortar de un modo inconmensurable la jornada en su ascensión hacia el Supremo Espíritu. De los planos superiores del Ser descienden a la tierra una Hueste de Entidades espirituales para ayudar el desarrollo de la humana mentalidad, y toman posesión de aquellos vehículos preparados por la evolución. Estos seres, que son llamados Hijos de la Luz, Hijos de la Mente, Manasas, dotaron al hombre, gracias a su sacrificio, de la AUTO-CONCIENCIA, o sea del poder de reconocerse a sí mismo, y por ende, de alcanzar algún día la inmortalidad, esto es, la existencia consciente y permanente en los planos espirituales, pues solamente el Manas Superior, en el hombre, como la corola immaculada en el loto, es lo único que puede ponerse en relación directa con el Sol Espiritual.

Desde aquel instante la Humanidad cambió radicalmente; sus ojos se abrieron, comenzó a tener conciencia del bien y del mal, gracias al influjo de la luz intelectual, y el hombre que antes apenas se diferenciaba de los seres inferiores, más que por su forma material, quedó convertido en un verdadero semi-dios sobre la tierra. Pero este don del Cielo, que no fué logrado por la Humanidad, sino después que tuvo lugar la separación de sexos, atrajo al mismo tiempo sobre ella los más acerbos dolores y los más agudos sufrimientos, juntamente con el sentimiento de la propia responsabilidad.

En el Génesis se hace alusión de una manera simbólica a este sublime acontecimiento, en la escena del Paraíso. Después que los Elohim desdoblaron, mientras dormía, el Adán andrógino, en varón y hembra, tiene lugar el aviso de que si comían del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, que estaba en medio del Paraíso, morirían; pero la serpiente que estaba enroscada (en espiral) al mismo árbol del conocimiento, (lo cual está indicando que se trata de la sabiduría adquirida en los infinitos ciclos de evolución, cuya línea de progreso es una espiral), los incita a comer, y desde ese momento «sus ojos fueron abiertos» y tuvieron conciencia del bien y del mal, o bien, fueron hechos conscientes. El *sueño* en que estaba sumido Adam, es una clara alusión al estado de inconsciencia en que permanece el Espíritu durante su involución, es decir, una vez que ha caído en la Materia, el reino de la ilusión y de las tinieblas.

En cuanto al árbol del conocimiento, es un hermoso símil de la misma Humanidad, es el árbol mundano, cuyo fruto no es otro que la MENTALIDAD, el Principio Manásico o pensante que da la propia conciencia, y que no se obtiene más que por medio de infinitas experiencias en un sinnúmero de renacimientos, Y aquellos Seres que vinieron a encarnar en el Adam de barro, eran, como lo expresa muy justamente el Génesis, frutos del árbol del conocimiento del bien y del mal, pero cosechados—si se permite la expresión—, en humanidades que evolucionaron en épocas infinitamente anteriores a la nuestra y en otros mundos que precedieron al nuestro, es decir, en Manvántaras o períodos de Vida de un remotísimo pasado.

En los Evangelios está también bastante claramente indicado este hecho de que los seres espirituales que vinieron últimamente a la encarnación, eran, sin embargo, muy anteriores en evolución a los primeros, pues a Juan el Bautista, que representa el tipo del hombre *Psíquico-lunar*, se le hace decir, refiriéndose a Jesús, que lo es del *Hombre Solar*: «Esta es la Luz de quien yo dije: el que viene detrás de mí es anterior a mí». Y esa Luz, es por cierto también Aquel Hijo de Dios de quien se ha dicho «que bajó a los infiernos (el mundo inferior) a rescatar el Alma de^a Adam», que es el símbolo de la Humanidad física.

Volviendo al Arbol del conocimiento que se dice que estaba en medio del Paraíso, conviene recordar que precisamente la Humanidad se encuentra en el punto medio de la evolución universal, en el centro de equilibrio, en el fiel de la balanza, marcando el sitio de vuelta, donde se da la batalla entre el Espíritu y la Materia, pues el Espíritu desciende en su involución hasta llegar al Hombre, y desde éste empieza su ascensión hasta su propio origen.

En cuanto al hombre plenamente consciente después que ha comido el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, empieza para él una terrible era de sufrimientos y amarguras y una lucha cruel con las pasiones y propensiones egoístas, que son la progenie del Titán inferior, el Zeus vengativo y feroz, que mantiene atado a la roca de la Materia al Sublime desterrado del Cielo, a quien el buitre de sus propios remordimientos, por las faltas cometidas a impulsos de la naturaleza inferior, le roe

las entrañas. Mas, cuando éste último logra triunfar; cuando ha conseguido matar al Dragón, entonces el hombre se convierte en un Iniciado, un Hijo de Sabiduría e inmortalidad en la eternidad, alcanzando por medio de la Mente Superior el fuego del conocimiento divino, que consume todas las escorias y todas las impurezas, como se funde el metal en el fuego de la ardiente fragua, dejando al Alma tan pura como la inmaculada flor del loto completamente abierta a los sagrados rayos del Astro del día.

Para alcanzar esta finalidad, la Humanidad recorre determinados ciclos que constituyen los períodos raciales y que están medidos astronómicamente por las divisiones del Zodiaco. Cada uno de estos ciclos es un mes del gran año sideral de 25,860 años, que es el tiempo que tarda el Sol en recorrer en su aparente movimiento retrógrado, los doce signos o constelaciones, y cada uno de esos meses tiene 2.155 años. Al comienzo de estos períodos hay una gran iluminación espiritual y acontece la aparición de un MESÍAS, un Ser excelso que pudiera considerársele como la síntesis de la evolución durante aquel mismo período. Según la Doctrina Secreta de H. P. B. cada raza ha de tener su revelación y sus reveladores.

El ciclo que terminó ya, el ciclo de Juan—Jesús, era el del Sol en Piscis. De aquí las palabras de Jesús a sus discípulos,— que entre paréntesis, eran pescadores —cuando buscaban signos en el cielo respecto a su venida: «No se dará más signo que el signo de Jonás», que fué tragado por un gran pez. Además en los principales milagros que hizo Jesús encontramos siempre el mismo símbolo, el pez, el cual fué también el signo secreto de reconocimiento entre los primitivos cristianos, quienes se llamaban «pisciculi» (pequeños peces) en sus misterios sagrados; y finalmente, San Agustín dice que Jesús es un Pez que vive en medio de las aguas.

El mismo Maestro Jesús señaló simbólicamente cual era el signo zodiacal del próximo futuro ciclo, pues celebró la Pascua en el gran cenáculo del hombre que lleva un cántaro de agua, o sea ACUARIO. Esta constelación hace el número 11 entre las doce del zodiaco, y su ciclo comenzó en 1911. Tal vez tenga alguna relación con estos hechos el haberse escogido el 11 de Enero de 1911 para la fundación de la Orden de la Estrella de Oriente,

cuyo principal objetivo es anunciar a todos los hombres la venida del próximo Instructor mundial.

La constelación del Aguador tiene enfrente a la de LEO, que es un signo de poder y de perfección, pues Leo, según se afirma, gobierna el corazón, que es el instrumento de Bhudi, el órgano de la radiación espiritual: el amor; por consiguiente, parece augurarse para el nuevo ciclo una época de fuerza tranquila y de adelanto espiritual.

Por lo expuesto podrá deducirse que Madama Blavatsky es la que representa el Precursor de un nuevo período de vida, y por tanto la FIESTA DEL LOTO BLANCO, instituida en honor suyo, conmemora el amanecer de un nuevo ciclo para la Humanidad, la aurora de un nuevo día de iluminación y la vuelta del Divino Maestro, el Ungido del Espíritu Santo, el bendito Señor del Loto. Debemos, pues, celebrar esta fiesta llenos de fervor religioso y con el mismo júbilo con que la Naturaleza entera recibe la vuelta de la primavera, y sonrírse y se regocija con la entrada del buen tiempo saludando al Rey de la Luz, que la trae el calor y la vida, el progreso y la felicidad.

Así como a medida que el Sol adelanta hacia el signo de su mayor elevación, su esplendor es cada vez más grande y la radiación de su luz sobre la Tierra, es también más intensa, así igualmente a medida que avance el nuevo ciclo, se irán disipando las sombras que oscurecen el Cielo, y volverán la salud y la gloria para el encadenado Prometeo, la sufriente Humanidad, sobre todo, cuando la bendición del Sublime Maestro de Compasión santifique todas las cosas en los cuatro ámbitos del mundo.

JOSÉ MONTURIOL

San José, 8 de mayo de 1916.

*
* * *

Los Maestros

EN homenaje de testimonio y gratitud creciente hacia su inmortal Mensajera H. P. B., dedico estos renglones a confirmar la realidad de los Grandes Señores que velan solícitos y abnegados por el bien y el adelanto humanos.

Llena de pesadumbre H., se reprochaba de haber expuesto el nombre augusto de Ellos al sarcasmo y la duda de la ignorancia y a la exasperación del fanatismo, creyendo que aun no estaba el ingrato mundo capacitado para merecer tan señalado privilegio; y que en gran mayoría no lo estaba, lo prueba el fracaso de su decantada civilización; fracaso previsto y anunciado por las entidades de intuición desenvuelta y claro discernimiento, así como por los videntes y profetas inspirados, antiguos y modernos.

Y la duda y el sarcasmo, que a la realidad de la existencia de los Maestros de Compasión se refiere, no terminaron con la vuelta de H. a su propia y superior morada; que aún persiste, sosteniéndose por aquellos que no se conforman con que haya quiénes sean capaces de haber percibido lo que a ellos no les sea dado percibir, sin comprender que para alcanzar tan incomparable beneficio hay que conquistarse el apropiado merecimiento, trepando uno a uno los empinados y abruptos peldaños de la escala dolorosa de la vida, adquiriendo en el tránsito cualidades y purificación que se hallan fuera del dominio general. Sí; porque al sacrificio de sí propio, la renuncia del yo en beneficio de los demás está muy lejos de ser comprendido y autorizado por

una generación acostumbrada a rendir culto al interés meramente personal; y sin este sacrificio previo, por imperativa y poderosa que sea, ni llegar puede la voz del aspirante al atento oído del Maestro, ni a Este le sería dado corresponder a ella, caso de percibirla.

Dice H. P. B.: «El mundo no se halla preparado para conocerlos ni para aprovechar sus enseñanzas: ahí está la experiencia de aquellos que se han *mostrado* y han tratado de elevar al mundo con sus enseñanzas y ejemplo, que atestiguan la verdad de esta declaración. Justifiquemos primero las enseñanzas de Sócrates, Bruno, Vanini y otros, y entonces podremos estar al alcance de los Mahatmas. En la época presente, y según se encuentra el mundo en punto a desarrollo espiritual, el intentar la predicación abierta de sus doctrinas, sería lo mismo que sembrar trigo en medio del océano, mientras que la exhibición de sus poderes impelería a las gentes sencillas a una servil adoración!»

Pero, ¿es que ellos no se han manifestado en todos los tiempos y emitido siempre la salvadora luz de su sabiduría? Más que demostrado se halla, antes y ahora, que su presencia ha sido efectiva a través de las edades para quienes merecieron ser sus puros y desinteresados servidores y discípulos. Solamente que, hasta hoy, desde muy remotos días, no se había permitido efectuar una llamada que pudiera decirse general, por temor a la divulgación peligrosa del sagrado depósito confiado a los pocos que se sometieron al voluntario sacrificio del martirio. ¿Por qué tal privilegio ahora? se nos dirá. Porque era preciso tender un puente, o prestar alas a las almas capaces de ver, y oír y entender, antes de que llegara el momento supremo de reparar los males acumulados por una serie de entorpecidas generaciones, incapaces todavía de sobrepasar el abismo que separa los intereses pasajeros de la vida material de los eternos, y propios del espíritu.

Se acercaba la hora tremenda del reajustamiento de lo verdadero, de la rectificación de los errores, fuentes de perenne dolor e injusticia sociales. Alboreaba el resurgir de la sexta subraza de la quinta raza y era menester que la palabra de salud resonara de nuevo por todos los ámbitos de la tierra.

Rebosaba la copa de las torpezas e iniquidades. Una civilización

zación desviada en general del propósito de fomentar el amor y las tendencias fraternales, una ciencia atenta al análisis de lo fenomenal, de lo tangible y perecedero, refractaria al conocimiento de los fundamentos y orígenes de las cosas, tenía que conducir al desastre, previsto por pensadores imparciales, por verdaderos estadistas y filósofos, y hasta por los religiosos independientes y sinceros. Véase si no lo que en diciembre de 1887 clamaba el Abate Rocca en la revista *Le Lotus*:

«Nosotros atravesamos una crisis espantosa. Al cabo de cien años nos encontramos aquí, bajo esta capa de tempestades sociales, de las que hablé muy alto sufriendo sin trepidar los fuegos, los relámpagos, los truenos y los estremecimientos de una tormenta sin igual, y sentimos claramente que todo se quebranta en torno de nosotros, bajo nuestros pies, y sobre nuestras cabezas! Ni pontífices, ni sabios, ni políticos, ni hombres de estado se muestran capaces de sustraernos al abismo hacia el cual somos conducidos, o diré mejor, fatalmente impulsados! Si bien luego descubro yo en el Lejano Oriente, a través de las tinieblas de esta borrasca, la Estrella bendita que puede solamente dirigirnos por entre tantos escollos y conducirnos sanos y salvos al puerto tan deseado de la salud».

¿Careceré yo de patriotismo y de religión porque les señale a mis hermanos el aparecer de este astro bienhechor?

Pues bien: esta borrasca, estos escollos, cuyas determinaciones estaban muy de antemano consignadas en los planos akásicos determinaron el aparecer de la Estrella divina de la Sabiduría Arcana, transmitida a su escogida Mensajera por los Hermanos Mayores de la humanidad, por los Maestros de Amor y Compasión, cuya realidad se empeñan obstinadamente en combatir aquellos que son incapaces de desvirtuar, pese a su desgraciada porfía, la confirmación indestructible de nuestra absoluta evidencia. «Ciegos, y guías de ciegos», dentro de la armonía poderosa de la ley suprema que se sirve hasta del obstáculo inconsciente para llegar al éxito propuesto, acumulan la resistencia del dique que aumenta el poder y la energía del torrente que ha de fecundar, al desbordarse poderoso, los campos indeterminables del futuro.

¿De qué les ha servido a los impugnadores de los Maestros su persistente tenacidad? Cada día se avalora más y más la bondad de sus enseñanzas; cada día crece el número de los que logran realizar su presencia. La sagrada labor de sus manos prepara mentes y corazones puros como simiente del verdadero adelanto del inmediato porvenir, cuyo símbolo pudiera estar contenido en la flor de inmaculada blancura que brilla sobre la linfa acerada de las tranquilas aguas del lago, así como descuellos en la altura entre las indefinidas tintas de la aurora la diamantina luz del puro heraldo del día.

La ofrenda de aquella que ostentará quizás en sus vidas sucesivas como enseña de nobleza espiritual, la flor de Budha, ha dado ya ópimos frutos para cuando llegue el ansiado día en que el poderoso genio de la esperada catástrofe mundial pueda, con sujeción a Karma, levantar la tremenda espada que blandiera en instante solemne sobre la haz de la tierra.

En lo invisible para la mirada ordinaria del hombre, ¡cuántos corazones palpitantes en tan tremenda hora! ¡Qué estremecimiento indescriptible en los infinitos organismos de toda la escala de los seres en los diversos reinos de la naturaleza, de los más ínfimos y elementales hasta las huestes angélicas, al derramarse la copa amarga de los dolores sobre tantos millones de seres humanos!

Ya no se trata de la afilada hoz que derrumba la dorada simiente, no del hacha que mutila y destruye la selva secular, no del rayo que abraza y consume los deletéreos gérmenes atmosféricos, no del embravecido mar que azota los acantilados y arrecifes y playas que le aprisionan: que el hombre ha empleado las luminosas energías de su mente en la portentosa e innúmera construcción de máquinas exterminadoras, de tal potencia y poderío, que a su lado palidecen las siniestras energías de los elementos, para llegar a ser aniquilado por sus propios artificios, hasta que el horror de su nefanda obra se acrecienta a tal grado, que como el fuego derrite y funde al metal, así la llama de la compasión funda y purifique el duro bronce de sus entrañas.

Entonces será comprendida la misión de Aquella cuyo aniversario de nuevo conmemoramos hoy, y entonces la voz divina de los desconocidos Guías de la Humanidad será ofrecida al

mundo por Aquel de entre Ellos que una vez más ha de venir con el ramo de la paz universal por enseña, y el amor por lema, en busca de la redención y adelanto universales.

TOMÁS POVEDANO

NOTA.—La publicación de este artículo, correspondiente a la conmemoración del Día del Loto Blanco del año anterior, fué detenido hasta hoy para dar cabida a otros de distintos autores en nuestra Revista.

* * *

Su ramo de flores

TREFIRIÉNDOSE Helena a los dones de Sabiduría que tan a manos llenas nos trajera de la sagrada tierra de Oriente afirmaba que ninguno le era debido; que como en ramo de flores solamente le correspondía en ellos el lazo que los ataba. Pero así y todo, la ofrenda ha sido tan valiosa, que pasarán los siglos y la fragancia de su ramo trascenderá donde quiera que la buena voluntad y la inteligencia efectiva se concierten para los fines del universal adelanto.

¡Qué noble destino; qué bendito Karma el de los mensajeros que en las horas solemnes de las grandes transformaciones de la Filosofía, de las ciencias, de las religiones y las artes, cuando todo el esfuerzo de los siglos parece perdido, aniquilado, muerto, acuden trayéndonos la Luz propia de la hora, y ante la desolación y el desconcierto universales claman como lo hiciera el Cristo: Lázaro, levántate y anda!

Esta lección augusta se repite una y otra vez de edad en edad; al parar la atención en ello parece que siempre hubiese sido estéril que la alentadora voz del conocimiento oculto se perdiera y aniquilara en el desierto; pero no es así: ella resuena con potencia incontrastable en el arcano misterioso de las conciencias desenvueltas de cada época, y allí se transforma en Luz desde la cual irradia sobre las tinieblas del mar de las pasiones y la ignorancia, como faro de peregrina hermosura, el cual solamente deja de ser percibido por los que se resisten a mirarle, o por los que carecen aún de ojos para ello.

Toda acción sabemos que es causa de la reacción correspon-

diente: por lo mismo, cuando los redentores principios de amor y misericordia emanan de las enseñanzas del Maestro de Nazaret, rugen en sus cubiles las fieras de Nerón y Calígula y los circos se anegan en la sangre fecunda de los mártires. Por eso, cuando en el ara sagrada de la Ciencia Oculta reaparecen ahora los salvadores lemas de altruismo, abnegación, sacrificio, justicia, fraternidad; el egoísmo, la crueldad, el interés material, el frío cálculo, la deslealtad y la mentira aperciben sus armas de destrucción, y como legiones de malignos espíritus se lanzan a la pelea. Tal es todavía la ley; sin ella no se aflojaría el dique de resistencia que levanta siempre el implacable ayer frente a toda renovación necesaria. Tras la lucha cruenta y disociadora se imponen el restablecimiento de la paz, el equilibrio y el orden. Después del fracaso de un sistema hay que prestar oído a la enunciación de otro que le reemplace, y siempre, la humanidad, por la razón o la fuerza, cayendo o levantándose, consciente o inconsciente de su labor, golpea y modela su porvenir en el yunque de la evolución; porque esta labor no es la resultante del imposible acaso, sino que se halla sometida, según se nos previene en el libro «A los Pies del Maestro», al plan de Dios, y dentro del mismo puede observarse que así como la fluente circulación del agua vuelve a los mares y la sangre al corazón, manteniendo en su trayectoria la existencia material, así también ese divino plan promueve en espiral ascendente el desenvolvimiento del universal espíritu. No desconozco que la palabra Dios no halla cabida en los entendimientos de aquellos que con perfecta razón se niegan a reconocer la posibilidad de concederle tal atributo a cualesquier entidad personal: no. El Ser a que me refiero al decir Dios es la Realidad Unica en que todo vive y alienta, Aquello que siempre fué, es y será, y lo manifestado el instrumento transitorio, signo de su poder y voluntad inefables, voluntad y poder que se manifiestan y culminan en los seres humanos que llegan a trascender la sugestiva influencia que procede de lo ilusorio e irreal.

Estudiemos para poder llegar a entender el lenguaje de la Sabiduría Esotérica, las lecciones que pródiga nos ofrece la maternal Naturaleza, esforzándonos en despejar del polvo de nuestros prejuicios el cristal de la conciencia íntima, el discernimiento

superior en que se refleja la expresión de la Voluntad Suprema; en ese cristal veremos reverberar la clave que justifica esta Filosofía, y uno tras otro se disolverán los velos, necesariamente, amorosamente echados sobre sus libros, tradiciones, símbolos y presentimientos, para que cada cual solamente aproveche de ellos lo que corresponde a su estado de adelanto. Estudiando la Naturaleza veremos de qué manera se llena de malezas y de venenosos enemigos, propios de los campos sin cultivo, y luego cuán fecundos los hace la removedora reja, la acerada cuchilla del arado, el activo esfuerzo de la inteligencia y brazo ejercitados para ello. Veremos también cómo las dormidas aguas del pantano son gérmenes de muerte y desolación, y entonces, por analogía encontraremos la causa, el motivo por qué se renueven periódicamente los continentes, de por qué la humanidad entra en conflictos como el actual cuando los vicios, la molicie y la perversión moral, como los campos sin cultivo, llenan de matorrales sombríos el campo de la percepción del espíritu, y de aguzados abrojos en que se desgarran las impalpables alas del alma. Entonces, si en lo que parece absurdo e inarmónico llegamos a percibir algo del propósito oculto que mueve la rueda del impulso universal, forzosamente nos sentiremos dispuestos a sumar nuestros esfuerzos al mismo, y cada uno de ellos será como alba ofrenda de gratitud que presentamos a nuestros hermanos mayores en reciprocidad de los ramos de flores luminosas e imperecederas de sabiduría que supieron a fuerza de sacrificios y desprendimiento dedicarnos y reservar para promover nuestro adelanto, aromatizados por la divina fragancia del amor, el arte supremo, y amarrados con el viviente lazo del conocimiento superior.

TOMÁS POVEDANO

* * *

El estandarte perdido

DESDE los cuatro punto cardinales, rumbo a la conquista de su perfeccionamiento a través de las llanuras de la vida, avanzaban alegres y confiadas las inmensas caravanas de peregrinos, alentados por el mismo ideal y amparados bajo los pliegues de una bandera única. A su paso brindoles el divino árbol de las virtudes con sus frutos de Amor, Tolerancia y Fraternidad; y confortados e iluminados, aquellos peregrinos obtuvieron la revelación de sus comunes destinos.

Constituían un ejército formidable y marchaban triunfantes. De pronto, los humildes cayados pastorales recubriéronse de aceradas puntas; a los himnos de amor sucedió un formidable canto de guerra, y los diversos y antagónicos grupos, lucharon entre sí con la mayor fiereza, ostentando en los varios estandartes contrarios símbolos.

Perdióse la común bandera, y la cruenta lucha iniciada en la infancia de la Humanidad perdura aún, y no cesará ese cruel combate, hasta que todos los humanos volvamos a refugiarnos en el primitivo pabellón.

Durante esa brega secular, muchos soldados que acompañaban a las diversas huestes, desdeñaron la lucha y no pensaron más que en restañar las heridas de sus hermanos, cuidándose muy poco de las que ellos pudieran recibir; fueron tildados de tibios, desertores, egoístas, perversos, y sufrieron persecuciones, desdeños y martirios. Garantidos por la civilización, proclamaron su independencia y vivieron dispersos, constituyendo a lo sumo grupos aislados, lejos del radio de acción de todas las religiones

positivas, sin querer soportar el yugo de dogmas y prejuicios, y dedicándose a su propio culto, hasta que surgió la inmortal Helena, a cuyo llamamiento supieron todos contestar. Y así quedó constituida la S. T., para abrigarnos, para unirnos, para mostrarnos el sendero por el que penosamente marchamos, firmemente convencidos de que algún día llegaremos a la meta con mansedumbre, paciencia, devoción y constancia.

La tarea de H. P. B. de recuperar el perdido estandarte y unir y consolidar los diversos grupos disidentes, es la más alta y trascendental labor que pueda concebirse.

Hoy, nos congregamos fraternalmente para honrar la memoria de Ella, rindiéndole el tributo de nuestra gratitud, amor y veneración.

¡Que el Señor Maitreya tenga en su santa guarda a la generosa fundadora de nuestra Sociedad! Prometamos, hermanos, conservar sin mancilla el estandarte que Helena supo recuperar y confió a nuestra guarda!

J. GIL MAYORGA

San José, 8 de mayo de 1915.

*
* * *

DEL 1915

La transición de los ciclos

Motivo de la venida de Madame Blavatsky
y del próximo advenimiento de un Maestro de Compasión

Es ley en todas las esferas del Universo que en los ciclos menores se esboce la tonalidad o característica que más tarde ha de desarrollarse en sus correlativos ciclos mayores.

La Mentalidad es la característica de la Quinta Sub-Raza que está terminando, como lo es de sus correlativas, la Quinta Raza, en donde adquiere un mucho mayor desarrollo, y de la Quinta Ronda en donde llegará a alcanzar toda su plenitud.

El oleaje de vida recibido por el cuerpo mental en el transcurso de esta Quinta Sub-Raza es bien notorio: claramente se palpa el gran incremento que ha tomado el desenvolvimiento de la Mentalidad en estos últimos siglos, como se ve por los progresos alcanzados en ese tiempo por la filosofía, que llega a un alto grado de florecencia con el filósofo Kant, y por la preponderancia tomada por la Razón sobre los otros Principios Superiores del hombre cuyo despertar vendrá después con las correspondientes oleadas de vida de sus respectivos ciclos: pero en tanto han quedado oscurecidos y ofuscados ante las irradiaciones de la Razón, la cual ha llegado en esta época a endiosársela proclamándola como el principio más elevado del hombre.

Esto nos explica en parte el porqué del materialismo que hoy se enseñorea de la humanidad. Habitado el hombre a mirar la Razón como el *NON PLUS ULTRA*, ha querido exigir de esta diosa la explicación de todos los problemas del Universo y su fracaso ha reaccionado en la humanidad dando lugar al escepticismo materialista.

Pero esta situación pronto cambiará por otra de tranquilidad y dicha, pues nos encontramos en los albores de la Sexta Sub-Raza, cuya tonalidad, como la de sus correlativos ciclos mayores, es la Espiritualidad. Con ella vendrá el desenvolvimiento del sexto principio en el hombre, la Intuición. Entonces vendrá el despertar del sexto de nuestros sentidos, el del ojo interno o glándula pineal que nos dará la visión astral. Como consecuencia de esta espiritualidad, las doctrinas de las religiones, que se basan en el amor al prójimo, doctrinas que hasta el presente casi no han pasado de la teoría, serán un hecho práctico.

En este período de Espiritualidad la Intuición destellará sobre la Razón; no para ensombrecerla sino para sublimarla.

En el orden que rige el Universo todo está sometido a número, peso y medida. Todo obedece al ritmo, ritmo que si por lo general es lento y que da lugar al predicado de *NATURA NON FACIT SALTUS*, hay sin embargo ocasiones en que ese ritmo se acelera. Una de éstas es cuando llega la transición de un ciclo a otro. Es entonces cuando se manifiestan ciertos trastornos o cambios bruscos en los diversos planos, trastornos tanto mayores cuanto mayores sean los ciclos, llegando a ser verdaderos cataclismos cuando se trata de ciclos mayores, como cuando desapareció la Lemuria o se hundió la Atlántida.

Es en estas ocasiones cuando las previsoras Jerarquías supra humanas, siguiendo el divino plan de la Evolución, envían al mundo físico aquellos mensajeros de que el hombre ha menester para que le auxilién en esa transición.

Este es el caso presente: para pasar de la Quinta a la Sexta Sub-Raza, angustiados entre tantos trastornos, morales, mentales, pasionales y físicos que nos rodean, como es de ley en la presente época de transición, necesitaban aún los hombres de buena voluntad, de que viniera alguien a prestarles auxilio.

He aquí, señores, la causa determinante de la aparición de

la gloriosa mensajera H. P. Blavatsky en el último cuarto del siglo pasado y la del próximo advenimiento de un Maestro de Compasión. Aquélla fué la designada para venir a preparar el terreno en que pronto un Divino Maestro ha de plantar la simiente de la Verdadera Fraternidad Universal.

Esa elección de Madame Blavatsky fué muy sabia, como tenía que serlo. Para la ejecución de la misión que se le confiara se necesitaba de un gran corazón e inteligencia y de una gran energía y constancia para secundarlos, y ella demostró en la práctica poseer estas virtudes. Con cuánto ahinco y constancia no buscaba al Mentor que había de infundirle los conocimientos que ella después nos debía transmitir. Con cuánto valor, inteligencia y constancia se trasladó en diversas ocasiones a los más elevados centros intelectuales de Europa y América para enfrentarse a los grandes centros científicos y ponerles de relieve los errores materialistas que dogmáticamente sostenían éstos, y soportó las burlas y sarcasmos de quienes estaban acostumbrados a imponer doctoralmente sus ideas y no podían sufrir que una mujer viniese a rebatirselas con bizarría y gran cúmulo de conocimientos. Sus escritos parecían catilinarias cuando se trataba de fustigar a quienes persistían en sostener aprisionadas las facultades superiores humanas y sólo una energía, indomable cual la de ella, pudo resistir el embate del huracán de pasiones que con tal motivo se desataron contra ella. Con cuanta labor y sabiduría no escribió la Doctrina Secreta, ese monumento de la humanidad que han llamado la Biblia del Porvenir.

Hoy es el día de la fiesta del Espíritu, la fiesta del Loto Blanco, que celebramos en honor de esta Gran Mensajera, H. P. Blavatsky quien ha sabido cumplir fielmente con su misión.

El terreno que vino a preparar está listo y cuando aparezca el Divino Maestro podrá decirle, con la satisfacción del deber cumplido: «Señor, el terreno que me encargasteis de preparar está arado ya y abierto el surco, presto a recibir la divina simiente!»

Ojalá que el ejemplo de esta noble mensajera, uno de cuyos trabajos fué la fundación de la Sociedad Teosófica, nos sirva de estímulo a sus miembros para que, a medida de nuestras facul-

tades, que si bien pequeñas, pueden ser de gran auxilio si son virtualizadas por la voluntad y el esfuerzo, laboremos todos por secundar sus trabajos, auxiliando así el divino plan de la Evolución.

JAIMÉ FERNÁNDEZ J.

San José, 8 de mayo de 1915.

*
* *
*

Asuntos diversos

(De la importante revista *Theosophy in Australasia*.)

REPORTAJE CON SIR WILLIAM CROOKES

La siempre interesante cuestión de la supervivencia del alma es de importancia para la mente humana, y lo es naturalmente; porque cuando miles de hombres mueren todos los días «por accidente», qué cosa más interesante puede haber que el saber de cierto si después de la muerte tenemos o no una existencia consciente? Los párrafos siguientes, sacados de las páginas del «*Christian Commonwealth*», pueden ser interesantes, porque hay muchas personas para quienes son de gran peso las opiniones de un sabio notable, mientras que ninguna otra cosa puede convencerlas:

¿QUÉ PIENSA DE LA MUERTE, SIR W. CROOKES?

«En una entrevista concedida al señor Harold Begbie y publicada en «*The Daily Chronicle*», Sir William Crookes, O. M., LL. D., F. R. S., recientemente reafirmó su creencia en la supervivencia de la identidad después de la muerte. «Existe una supervivencia y persistencia del alma. La muerte rompe la maquinaria del cuerpo, pero aquello que nos es querido, familiar y distintivo—la personalidad—no perece al morir el cuerpo. Y aquellos que tienen hambre y sed de consuelo, que no viven como vive este mundo, con mentes distraídas y preocupaciones animales, algunos de ellos, por lo menos, pueden ser consolados, simplemente por medio de la meditación. Bienaventurados lo que sufren». Sir William tiene razones para saber que algunos, por de pronto, están convencidos de que hay vida después de la muerte, por comunicaciones del otro lado».

Aquí se reconoce francamente el anhelo del corazón humano para establecer sobre bases firmes, la convicción de la inmortalidad, sin lo cual, ciertamente, no puede haber paz para «el alma triste que habita en el polvo». Hablando de los grandes triunfos de la ciencia física, Sir William Crookes señala lo poco satisfactorio del materialismo como credo:

«El gran sabio, que ha visto pasar durante su vida todas las inmensas

revoluciones de la ciencia física, que discutió el telégrafo con su inventor, que preveyó la telegrafía inalámbrica, que ha inventado el radiómetro, que ha guiado a los demás en el campo de la materia radiante, y que ya octogenario ha descubierto la manera de evitar a los trabajadores del cristal la catarata, declara su fe de que «la ciencia física no puede ni explicar ni satisfacer». La ciencia física, dice, no puede explicar la vida. Ella trabaja en una esfera donde el espíritu del hombre está excluido».

Refiriéndose a la guerra, proclama su creencia en el triunfo final del Derecho sobre la Fuerza. Es posible que los miembros de la S. T. de todo el mundo, mantengan ideas variadas y distintas acerca de dónde debe colocarse el Mal y dónde debe reconocerse el Bien, como fuerzas guiadoras en esta guerra; pero una gran mayoría, creemos nosotros—y ciertamente así sucede aquí en Australia—reconoce que los aliados sostienen el principio de fraternidad, de la buena voluntad contra el temor y la fuerza bruta.

POR QUÉ EL BIEN ES MÁS FUERTE QUE EL MAL

«Esta guerra, dice, no ha quebrantado su fe en la Providencia divina. El Derecho triunfará. El alma del hombre sabe que el bien es el derecho, y cree que es por lo tanto invencible. Hay una razón para esto. El mal confía en la fuerza física, y la fuerza física puede agotarse. El Bien, por el contrario, se sostiene en todo aquello que es superior a la fuerza física, y que no puede ni cansarse ni agotarse. El cree que el eclesiasticismo posiblemente se desacredite más con esta guerra, pero la fe en las eternas realidades surgirá inmaculada de esta lucha».

La pequeña referencia final al eclesiasticismo está tal vez fuera de lugar aquí, pero no es del todo inadecuada en este asunto.

(Traducción de Francisco Vidaorreta.

* * *

SIN PRETENSIÓN

Aunque en muchas de estas reuniones se ha tratado extensamente y de una manera muy lucida sobre «cuál debe ser nuestra actitud y modo de obrar para con nuestros semejantes», y aunque me considero escaso de luces para poder abarcar el punto tal como se lo merece su importancia, quiero sin embargo poner mi diminuto grano de arena en el gran montón, pues a ello me guía, si nó la certeza de que llevo razón, el firme convencimiento de que lo hago alentando puras intenciones y buenos deseos, nacidos en el de «hacer el bien por el bien mismo», y contando además con la anticipada benevolencia de mis hermanos.

La parte o punto, pues, que de tan magno asunto deseo tocar (y conste que comprendo mi atrevimiento al querer tocar aunque sólo sea superficialmente este gran problema) puede encerrarse en las tres siguientes preguntas:

¿Debemos nosotros permanecer indiferentes, silenciosos, inactivos en una palabra, ante el que vemos caminando por una senda claramente peor que la nuestra? ¿Debemos dejar que continúe errando, solamente por el temor de que pague mal nuestro consejo, o de que oiga sarcásticamente nuestra sana advertencia? ¿Debemos aguardar a que él se acerque a nosotros en busca de la verdad, o es nuestro deber decirle lo que de ella sepamos, sin necesidad de obligarlo a detenerse para preguntárnosla?

Meditaba yo en esto hace algunos días, veía los inconvenientes que muchas veces presenta el cumplimiento del deber, de ésa que tantas vidas cuesta en la guerra actual y que tantas ha costado y seguirá costando sea cual fuere el puesto que se le designe, digo que de tal modo meditaba cuando por indicación de alguien oculto, vino a darme la solución o contestación, un hecho que si a veces me parece insignificante, entonces juzgué de un modo diferente; pues estaba como viviendo en un mundo distinto, lleno de calma y dulzura, y creí ver en él, la sabia réplica que necesitaba mi pregunta mental. Malamente explicado, fué así:

Hallábase un pobre perro en la línea del tranvía, completamente distraído y mirando en dirección contraria a la del carro que avanzaba velozmente, y hasta creo que sin sonar el timbre, cuando un niño de unos 12 años aproximadamente, que iba con su madre por la acera de enfrente, soltando la mano materna, corrió a dar una palmada al animal, avisándole el peligro en que se hallaba, y sin acaso pasar por su mente la idea de que su buena acción podía costarle el ingrato pago de un mordisco, o el perder la vida entre las ruedas del carro,—cuando la mamá diciéndole «¡cuidado que puede además morderte el perro!»—quiso advertirle la imprudencia que según ella iba a cometer el muchacho, ya éste había indicado al viejo perro que estaba en mal camino, que el bueno era otro. Y satisfecho de su obra volvió al lado de su madre, con quien se alejó, y quien, a pesar de todo el riesgo que pudo correr su hijo, iría seguramente bendiciendo tan buenos sentimientos. Sentí al ver tan altruista acto una gran emoción, pues era un niño el autor de ella, y ¡son tan pocos los niños que no maltratan a los animales, especialmente a los nobles perros!; ese jovencito no sólo no molestó al animal ajeno—que esto es para ellos un atenuante—sino que para mayor alabanza, lo apartó del peligro, sin casi fijarse en que a su vez corría él otro, por hacer bien.

¿No es ese un ejemplo digno de imitación? ¿Cambiando la figura de los personajes, es decir haciéndola simbólica, no es ese un caso que si queremos puede presentarse a cada rato? El perro bien puede representar, y perdonen la comparación puesto que no puedo hacerla en otra forma, al que por indiferencia o rutina se halle materialista siempre, sin nada de creencia espiritual, tan indispensable para poder vivir la vida como únicamente merece tal nombre. El tranvía creo que representa admirablemente el peligro y la desgracia que tan triste modo de pensar encierra. La madre, la exagerada prudencia, que casi siempre es egoísta. El niño acaso pudiéramos ser nosotros que con una simple indicación podemos salvar a algu-

no, o al menos medio separarlo del mal camino, enseñándole conforme a nuestros conocimientos y experiencias, el que conduce a la VERDAD, único dios a quien debe adorarse.

¿Qué puede importarnos el encontrar desagradecidos o indiferentes si con uno solo que escuche nuestro consejo tendremos suficiente recompensa, aunque no por ello lo demos? Y aun no encontrando uno que quiera oírnos, lo cual es muy difícil, ¿se pierde acaso el esfuerzo que lleva por mira hacer el bien?

Estaré acaso errado, pero creo que la conducta de aquel niño es la que debe seguir quien, como nosotros, ve el bien ajeno como parte de su bien, y el mal de otros como parte de su mal. Indicar el buen camino a quien siga o se halle en uno malo, hacerle ver lo mejor posible, la diferencia que existe entre el suyo y el nuestro, y hacerlo todo con buena voluntad y mejor intención, sin guardar resentimiento alguno al que no ha querido hacernos caso, es, me parece, dar un paso, un paso hacia adelante, en la dura, pero necesaria senda del DEBER, de la cual nunca debemos separarnos.

* * *

EXTRACTOS DE CARTAS INEDITAS

(Estos extractos han sido enviados por un miembro a quien le han servido de auxilio, y desea participar con otros ese beneficio).

Tu Dios y Señor no te ha abandonado aun cuando puedas sentir que tú lo has perdido. Él no me abandonó nunca a través de mis muchos años de creciente incredulidad; y siempre esas obscuridades del alma que se mantiene dentro del bien y el deber terminan por inundarse en clara luz. La Psicología, que trata de comprender algunos de los procedimientos de un fragmente de Él-mismo, no puede mantener constantemente vendados los ojos de tu Espíritu ante su semejante.

No hay palabras bastantes para expresar el «horror de la gran obscuridad». Pero sí da algún consuelo escuchar una voz amiga y sentir el contacto de una mano amistosa, y por eso al visitarte en la noche te digo: «Haz luz aquí en el otro lado».

Para mí, un Maestro es un ser humano que ha realizado su propia Divinidad y ya es un *Hombre Perfecto*; quien permanece en contacto con la humanidad para auxiliarla. El encontrarle es, a la vez que lo que Él mira como lo mejor, lo que se alcanza cuando el fruto ha madurado. El que tú le encontrarás a su debido tiempo, así como lo han hecho otros, estoy seguro de ello; pero *cuándo* yo no lo se.

La idea de la salvación es verdadera y no ilusoria, y cuando nuevamente la pierdas, bueno es que recuerdes que antes la tenías.

En verdad me regocija que la Luz haya despertado en la obscuridad y que tú puedas ver tu sendero. Has sufrido largo tiempo y la paz es el mejor bálsamo para ello.

Siento mucho lo que me dices de la estrechez de criterio religioso de tu viejo amigo; es de maravillarse cómo es que hay gente a quien la mortifique cualesquiera amplitud de miras religiosas.

Mme. Blavatsky no enseñó mucho, fuera de sus escritos; sus discípulos recogían la sabiduría como podían y principalmente la alcanzaban por medio de la meditación. La ciencia oculta no se enseña como la ciencia física; los órganos para percibir sus hechos tienen que desenvolverse mediante un gran esfuerzo largo y arduo, y es esto lo que repele y desalienta a la mayoría.

No debes abrigar temor de que malgastarás tu vida. Nadie que se haya entregado al servicio de los Maestros, como lo has hecho tú, puede malgastar o arruinar su vida, pues que ellos la encaminarán hacia un fin útil.

Con frecuencia la gente busca la Teosofía en sus dificultades y se olvida nuevamente de ella en épocas de alegría. Así les sucede con la Religión y aún con Dios. Y sin embargo esa misma gente dice: ¿por qué tenemos que sufrir?

Puedo muy bien comprender la dificultad que experimentas respecto a tu empresa. El caso es éste: Yo sé que te sientes seguro respecto a la dirección que llevan tus esfuerzos; sin embargo, tales direcciones se hacen pasar con frecuencia, de un modo más o menos disfrazado, por el pensamiento de la persona que actúa ostensiblemente desde lo externo. Todos tenemos que aprender a distinguir. Los mensajes vienen ciertamente, pero nosotros a menudo los enturbiamos, hasta que con la práctica aprendemos a distinguirlos. Si el mensaje es de un Gran Ser las circunstancias tendrán que abrirte el camino. Y si éstas así no lo hicieren, habrá alguna confusión, debida a tu imperfecta recepción de la impresión.

Créemelo, sinceramente simpatizo con tus dificultades. Estas confusiones internas para aclararlas necesitan de mucho más ensayos que las externas, y en verdad que nunca debes temer de mí el ridículo ni cosa que se le parezca por ninguna prueba que ensayes o impresión que experimentes. Así, pues, debes permitirme que te ayude en lo que yo pueda.

Todas las circunstancias están contra ello, y ésta es una guía más segura que la de tu interpretación, de la dirección del Maestro.

Yo no comprendo por qué has de llegar a la conclusión de que tú no tienes trabajo que hacer en el mundo. Eso no es cierto. Tú tienes un tra-

bajo que hacer en la vida: ser útil a tus semejantes. Y esto lo experimentarás cuando sientas la conmoción de comprender que todos los agregados que has mezclado con el hecho pueden resultar inexactos, pero que el hecho permanece en pie. En verdad que deberás prestar utilidad y auxilio. En un mundo en que hay tanto egoísmo y tanta necesidad de ayuda, ningún obrero altruista y de capacidades puede pasar desapercibido y ser dejado sin trabajo. Cualquier cesación temporal que tenga es para darle tiempo de prepararse para nuevos esfuerzos. Así, pues, ¡ánimo!

No debes dar rienda suelta al deseo de cosechar frutos si la pérdida de tal deseo te produce la impresión de que nada apetece hacer. Tan sólo debe dejársele que llegue hasta el deseo de proceder por cuanto que la acción debe ser hecha, y que el motivo que reemplace a aquel sea el más elevado. Es con la voluntad divina, con los deseos del Maestro, con los que debemos identificar los nuestros, no como un lazo que los aprisione, sino con mayor libertad.

Siento mucho que tengas tantas penas y fatigas: ellas son debidas en gran parte a tu resuelto empeño de forzar el adelanto antes de estar completamente preparado. Bien recuerdas cuánto he procurado por inducirte a esperar, a que no te precipitaras, y que tú siempre quisiste seguir adelante. Al fin y a la postre todo resultará bien; pero ello representa muchas fatigas para tí, mi pobre amigo.

Que la paz de Él sea contigo, así como sus auxilios.

Yo no encuentro la razón por qué las cosas no llegan «con oportunidad en esta vida», como dices tú. No veo tampoco por qué debieras «resistirte» a la clarividencia, la que con frecuencia viene acompañada de tensión de nervios. Yo ni le presentaría resistencia ni la estimularía.

Ciertamente no es *preciso* el unirse a una sociedad para el progreso espiritual. El Espíritu no está ligado. Pero la Sociedad abre uno de los caminos. Uno debiera unirse a ella como testimonio de Fraternidad y para auxiliar un gran movimiento más que por cualquier otra razón.

La doctrina cristiana de la Encarnación es la misma indú del Avatara: una encarnación voluntaria para ayudar a la humanidad.

Es mucho divisar la meta y el sendero que a ella conduce aun cuando no se vea claro el modo de recorrerlo. Parte de nuestra preparación consiste en entregarnos de todo corazón a los Maestros, como sus sirvientes, y entonces tratar de encontrar cuál es el trabajo que nos ponen. La buena voluntad para hacerlo allana los obstáculos y la intuición se despierta por

el esfuerzo para ver con acierto. Las pequeñas indicaciones, los indicios que la mayor parte de la gente pasaría desapercibidos, señalan el camino, y si aún éstos le faltan, toma uno la primera cosa que se le presente y, al ejecutarla como si Ellos se la hubieran dado, lo hace por Ellos, y continuando así la guía va volviéndose más segura. La voluntad de dar es el corazón de todo.

La meditación es para ayudarnos a llegar hasta los Maestros, de manera que ya nunca más nos sean «inaccesibles».

Traes el recuerdo de algunas experiencias astrales mezcladas con un cúmulo de pensamientos y fantasías creadas por tu cerebro físico. El «morir» y «volver nuevamente a la vida» es el pase desde el cuerpo al mundo astral; cosa que haces todas las noches, pero que, en este caso, lo has hecho semi-conscientemente. La única diferencia entre eso y la muerte es que el eslabón magnético de conexión en un caso no se ha roto y en el otro sí. La «vuelta a la vida» es el regreso semi-consciente al cuerpo.

Sería yo muy indigno de mi Maestro si no pudiera sobrellevar de buen grado los resultados de la tensión y tortura de los nervios.

Las visiones que tú has tenido son un intento evidente de levantarte un poco el ánimo. ¿Por qué no las aceptas como halagüeñas en vez de mirarlas como un extravío?

La actitud en que te encuentras para comenzar la obra es la correcta y los caminos se te abrirán.

*
*
*

(Del *Heraldo de Madrid*)

«EL APOCALIPSIS EN 1918», POR EL PRESBO. DON PEDRO VALLS

Con este título hemos recibido un folleto, en cuya extensión, limitada a 52 páginas, se encierran temas tan trascendentales e interesantes como la crisis religiosa que seguirá a la guerra actual, el fin de Roma, la restauración del pueblo judío, la paz, la religión futura y unas cuantas verdades, dignas de un espíritu inspirado en los dictados de una conciencia austera y avasalladora, que, como gallardas amapolas, surgen entre los surcos de profecías y predicciones humanas del yermo campo psíquico de la madre Tierra.

Comienza el autor de «El apocalipsis en 1918» por un estudio documental expositivo de las creencias teosóficas sobre la próxima venida de un Gran Maestro espiritual para ayudar al mundo y realizar una labor más extensa que la llevada a efecto en su última encarnación humana.

Hace referencia a los fenómenos celestes observados en 11 de enero de 1910 y a las profecías del astrólogo inglés Alan-León para confirmar que la Astrología moderna sostiene las profecías relativas a la venida de un nuevo Maestro, y dice:

«Acabamos de ver cómo desfilan los Reyes Magos de nuestros días, que van con fe en medio de un mundo de escépticos en pos de la estrella de Oriente. ¿Qué harán los sacerdotes de hoy? ¿Se repetirá la historia de la Sinagoga?», se pregunta.

De las profecías de Jacob y Daniel deduce la ostensible pérdida del cetro temporal de la Iglesia con Pío IX y el traspaso en 1917 del poder espiritual de Roma.

Con las revelaciones del apóstol San Juan, que anota extensamente en el folleto, establece interesantísimos puntos de correlación entre las «cartas» y los «sellos», exponiendo el sincronismo de éstos, y manifestando que la simbología de todos sus conceptos responde al cambio del mundo religioso.

Después, ocupándose del pueblo israelita, dice: «Que están tan llenas y poseídas las Escrituras de la idea de la vuelta del pueblo judío al conocimiento de Jesucristo, que se ofrece esta obsesión como una de las señales indudables del llamado fin del mundo, es decir, del fin o consumación del ciclo; pero que al mismo tiempo está tan llena la Iglesia romana de la idea de que ha heredado para siempre y definitivamente al pueblo sacerdote, al de las promesas, que todos vienen a suponer que el pueblo judío está desposeído realmente de su categoría sagrada entre los demás pueblos de la familia humana».

Basta recordar los dictados de San Pablo a los romanos y las sentencias de algunos otros profetas—dice—para no albergar en nuestro espíritu tamaña jactancia y hacernos emplear con menos frecuencia las impropias frases de un pueblo pérfido y deícida al referirnos al pueblo judío.

Este arrastró veinte años de peregrinación, cayendo muchas veces y levantándose otras, para darnos a Jesucristo, su Maestro y libertador. La soberbia y vanidad israelitas engendraron su ceguera y su tribulación. Fué esto un desmayo secular, no la muerte, que aprovechó la «gentilidad» para vanagloriarse de la posesión exclusiva del sacerdocio, olvidando que vendría su legítimo dueño «como ladrón no esperado» a exigirle cuentas.

El pecado de Israel en la muerte de Cristo fué mayor que el de Roma, representada en Pilato, como lo afirmó Cristo; pero Pilato, Roma, las gentes, ¿pudieron en justicia lavarse las manos en la muerte de Cristo y declararse inocentes? A esto dice el padre Valls:

«Si la Sinagoga negó a Cristo, el pueblo, los publicanos, los pecadores, los samaritanos, es decir, los hombres de buena voluntad, le siguieron. Si parte de Israel desconoció a Jesús, de hecho era Jesús la sangre de Israel, sangre que dió por la Humanidad; de Israel era María y estuvo del lado de Jesús en su sacrificio; de Israel fueron los apóstoles y discípulos de Jesús; de Israel fué la primera sangre que se derramó por amor a Jesús,

Hace referencia a los fenómenos celestes observados en 11 de enero de 1910 y a las profecías del astrólogo inglés Alan-Léon para confirmar que la Astrología moderna sostiene las profecías relativas a la venida de un nuevo Maestro, y dice:

«Acabamos de ver cómo desfilan los Reyes Magos de nuestros días, que van con fe en medio de un mundo de escépticos en pos de la estrella de Oriente. ¿Qué harán los sacerdotes de hoy? ¿Se repetirá la historia de la Sinagoga?», se pregunta.

De las profecías de Jacob y Daniel deduce la ostensible pérdida del cetro temporal de la Iglesia con Pío IX y el traspaso en 1917 del poder espiritual de Roma.

Con las revelaciones del apóstol San Juan, que anota extensamente en el folleto, establece interesantísimos puntos de correlación entre las «cartas» y los «sellos», exponiendo el sincronismo de éstos, y manifestando que la simbología de todos sus conceptos responde al cambio del mundo religioso.

Después, ocupándose del pueblo israelita, dice: «Que están tan llenas y poseídas las Escrituras de la idea de la vuelta del pueblo judío al conocimiento de Jesucristo, que se ofrece esta obsesión como una de las señales indudables del llamado fin del mundo, es decir, del fin o consumación del ciclo; pero que al mismo tiempo está tan llena la Iglesia romana de la idea de que ha heredado para siempre y definitivamente al pueblo sacerdote, al de las promesas, que todos vienen a suponer que el pueblo judío está desposeído realmente de su categoría sagrada entre los demás pueblos de la familia humana».

Basta recordar los dictados de San Pablo a los romanos y las sentencias de algunos otros profetas—dice—para no albergar en nuestro espíritu tamaña jactancia y hacernos emplear con menos frecuencia las impropias frases de un pueblo pérfido y decidida al referirnos al pueblo judío.

Este arrastró veinte años de peregrinación, cayendo muchas veces y levantándose otras, para darnos a Jesucristo, su Maestro y libertador. La soberbia y vanidad israelitas engendraron su ceguera y su tribulación. Fué esto un desmayo secular, no la muerte, que aprovechó la «gentilidad» para vanagloriarse de la posesión exclusiva del sacerdocio, olvidando que vendría su legítimo dueño «como ladrón no esperado» a exigirle cuentas.

El pecado de Israel en la muerte de Cristo fué mayor que el de Roma, representada en Pilato, como lo afirmó Cristo; pero Pilato, Roma, las gentes, ¿pudieron en justicia lavarse las manos en la muerte de Cristo y declararse inocentes? A esto dice el padre Valls:

«Si la Sinagoga negó a Cristo, el pueblo, los publicanos, los pecadores, los samaritanos, es decir, los hombres de buena voluntad, le siguieron. Si parte de Israel desconoció a Jesús, de hecho era Jesús la sangre de Israel, sangre que dió por la Humanidad; de Israel era María y estuvo del lado de Jesús en su sacrificio; de Israel fueron los apóstoles y discípulos de Jesús; de Israel fué la primera sangre que se derramó por amor a Jesús,

y después que los gentiles le crucificaron sólo manos de israelitas le ungiéron y sepultaron, sólo lágrimas de judíos humedecieron su cadáver».

Y añade:

«Está próxima la aurora de la paz, de la fraternidad humana, en que la jactancia, la soberbia y el exclusivismo rodarán con estrépito ante la abnegación de los hombres de buena voluntad».

Traza de mano maestra un paralelo entre el esfuerzo individual y colectivo, asegurando que llámese convento, orden religiosa, partido, escuela, comunión o secta, la colectividad absorbe al individuo y se interpone como pantalla entre él y la realidad, entre él y la verdad, entre él y Dios. El egoísmo más sutil, tratándose de la comunidad no es otra cosa que disciplina y solidaridad, amor a la vocación, a la madre que nos tiene en su regazo; y a base de este «equivoco capital» se hace posible el culto exagerado, y cuando el alma cree adorar a Dios, adora un ídolo amalgamado con «un grano de Dios y noventa y nueve de afecciones y convencionalismos humanos»; cree en el fetiche, no cree en Dios; al egoísmo individual ha sucedido el egoísmo social.

Para corroborar estos conceptos, consigna:

«Escrito está. Maldito el que confía en el hombre. Tu salvación, ¡oh, hombre de buena voluntad! no está sino en Cristo pobre, en el Samaritano, separado de los demás como leproso; en el ignorante, que no ha visto una iglesia, pero que sabe partir su pan con el hermano.

«Abre las puertas de tu casa y de tu corazón a Jesucristo en el desconocido que por todas partes se ve obligado a peregrinar; enseña al que va sinceramente tras la verdad; no desprecies al que piensa de otra manera que tú, que quién sabe si con su error agrada más que tú a Dios, por su sencillez de espíritu.

«Abandona tus prejuicios y simpatías por estas o aquellas escuelas, por estos o aquellos combatientes, y tendrás el fruto de los sencillos de corazón; la paz, ese misterio escondido a los sabios y prudentes y revelado solamente a los pequeños e ignorantes de este mundo».

Un apéndice originalísimo de Adrián Péladan cierra, con broche de hierro repujado, este selecto y levantado folleto de Valls, en el que campea un misticismo y una serenidad extraordinarias, expresados en una dicción castiza y penetrante que arroban y confortan el espíritu del materialista más empedernido, del hombre más apático en este género de ideas.

Auguramos al autor del folleto en cuestión un éxito sensacional en cuanto su última obra llegue a ser leída y comentada en determinadas jurisdicciones de carácter religioso.

Nuestra enhorabuena al ilustrado presbítero.

J. B. C.

Traducido de *The American Theosophist* de abril 1914. por W. J. F.

Los dioses habiendo robado al hombre su divinidad, se reunieron en consejo para discutir en dónde esconderla mejor. Uno sugirió que se la llevaran al otro confín del mundo para enterrarla, mas se le indicó que tanto acostumbraba andar vagando el hombre que era capaz de dar con aquel escondite. Otro propuso hundirla en las profundidades del mar, mas se expresó el mismo temor, que el hombre, con su insaciable curiosidad, pudiera atreverse a zambullirse y encontrarla aún allí. Finalmente, después de un lapso de silencio, el mayor y más sabio de los dioses dijo: «Escóndanla en el hombre mismo, allí jamás se le ocurrirá buscarla». Y así se convino y se hizo, todos acatando la sutil y sabia estratagema.

El hombre vagó en la tierra por edades, investigando todos los lugares, elevados y bajos, antes de ocurrírsele buscar dentro de sí la divinidad que anhelaba encontrar. Por fin, lentamente, ofuscado, comenzó a comprender que lo que él creyó estar inconcebiblemente distante, escondido en el infinito, está aún más cerca que el aliento mismo que respira, está dentro de su propio corazón.

J. F. NEWTON

* * *

La embriaguez destruye la salud, enerva las fuerzas físicas y morales, mata la voluntad, y por fin, conduce a la miseria y al crimen.

* * *

La piedad para con los animales no es una buena cualidad, es un deber. Maltratar a una bestia es más criminal que dañar a un hombre porque el hombre puede quejarse y el animal no puede reclamar contra la brutalidad del que le maltrata. No se puede tener dos corazones: uno bueno para los hombres y otro malo para con los animales. Coopere a la protección a los animales haciéndose socio de la Sociedad Benjamín Vicuña Mackenna. Casilla número 433.

* * *

(De *Alrededor del Mundo*.)

EL ESPANTAJO DE LOS MICROBIOS

Dos sabios bacteriólogos, Sartori y Filassier, se han tomado el trabajo de contar los microbios que pueden encontrarse en la superficie de las frutas que comemos, y los resultados de sus investigaciones no pueden ser más espantosos.

En un racimo de uvas sacado del escaparate de una frutería contaron nada menos que 1.800.000 microbios por centímetro cúbico, y en otro racimo tomado de un escaparate no cubierto y expuesto al polvo, el número

de microbios pasaba de 3.000.000 por centímetro cúbico. Las fresas de igual procedencia tenían 2.800.000 bacterias por centímetro.

Pero no nos asustemos. Aunque los microbios constituyen la condición necesaria de las enfermedades infecciosas y de las lesiones sépticas, no son por sí la condición suficiente. El peligro real no empieza hasta que caen en terreno propicio, bien porque los tejidos están alterados ya por una causa cualquiera, bien porque esté debilitada la resistencia del organismo. De no ser esto así, hace ya mucho tiempo que se hubiera acabado la gente en el mundo, porque todos sabemos que nos es imposible abrir la boca, aspirar una bocanada de aire, tragar un trozo de un manjar cualquiera o beber un trago de cualquier líquido, sin tragar al mismo tiempo un enjambre de esas miriadas de microbios que nos rodean amenazadores.

23 de febrero de 1910.

* * *

BIOGRAFIA

El incansable propagandista de las Teosóficas enseñanzas, señor R. Maynadé, nos ha favorecido con el obsequio de varios ejemplares de la biografía de la que fué su espiritual y digna compañera, tanto en la vida del hogar como en la de los elevados empeños por el adelanto. Ha escrito el señor Maynadé esta delicada ofrenda de su alma con sinceridad y pureza de miras insuperables, y se reproducirá en el próximo número de VIRYA para que sirva de modelo de resignación y firmeza de convicciones a nuestros lectores, y como testimonio de fraternal afecto a la memoria de la que supo conquistarse tantas simpatías y merecidas distinciones por sus virtudes y talentos, dentro y fuera de España.

T. POVEDANO

* * *

VIRYA estima en todo su valor las alentadoras frases de elogio con que bondadosamente fué distinguida por el diario *La Información*, tratándose de su anterior número. Tal fineza evidencia la imparcialidad de criterio que predomina en dicho diario cuando se trata de asuntos filosóficos o literarios.

* * *



ORDEN DE LA ESTRELLA DE ORIENTE

COSTA RICA. — Mayo de 1916

Información

Hemos recibido un ejemplar del primer número del Boletín Internacional de la Orden de la Estrella de Oriente,—que corresponde al mes de Marzo,—del que traducimos el artículo de Mr. Arundale "A Letter from Headquarters", el cual, habiéndose leído en nuestra sesión del día 10 del actual, ocasionó el acuerdo de dirigir una comunicación al señor Representante Nacional de la Orden en Suiza, Mr. M. L. Brandt, poniendo a su disposición la modesta cantidad que podamos reunir para que la ofrezca al Comité Internacional de la Cruz Roja, con destino a los heridos en la guerra que se hallen bajo su protección, sin reparar en la nacionalidad de que procedan. Se acordó asimismo dirigir un atento oficio a D. Alfonso XIII, rey de España, manifestándole en nombre de los sagrados intereses de la Fraternidad Universal el íntimo agrado con que hemos tenido conocimiento de la misión admirable que con tanto acierto y éxito se ha servido realizar en favor de los que sufren los rigores de la tremenda guerra que asola a Europa y aflige al mundo, con lo cual determina uno de los nobles senderos que se ofrecen a los soberanos de las naciones para llenar su paternal labor y conquistarse el amor y las simpatías universales.

*
* *

La Orden va creciendo en esta República y la de Nicaragua. En Colombia he nombrado Secretario Local de la misma. El número total de afiliados en esta Sección llegan al presente a 206.

Se celebran las sesiones ordinarias con exacta puntualidad, así como las extraordinarias, y en ellas crecen la devoción y el entusiasmo.

*
*
*

Recibimos la interesante revista *The Servas* que edita la distinguida Representante de la Orden en Norte América Miss Addie M. Tuttle, Organo Oficial de aquella Sección, que se publica en Krotona, Hollywood, California. La correspondiente a abril próximo pasado trae el siguiente formulario: "Basic Principles of Our Work.—Of Our Head.—The Springfield Star Conference.—Luisville's Plan.—Tacoma Meetings.—Servants of the Star.—International Bulletin.—A Misunderstandig.—Can We End the War by Thought?—For the Blind.

El Representante Nacional,
TOMÁS POVEDANO

*
*
*

Una carta de Mr. Arundale

82. Drayton Gardens,
Londres, S. W.

MIS QUERIDOS AMIGOS:

AL escribir por primera vez para el *Boletín Internacional de la Estrella*, mis pensamientos se vuelven naturalmente hacia el lugar que la Orden de la Estrella de Oriente ha de ocupar cuando esta gran guerra haya terminado.

Creo yo que nuestros miembros tienen el deber de tratar de comprender que los principios aparentemente opuestos,—opuestos, por lo menos, en las circunstancias actuales,—pueden ser conciliados de una manera útil con los deberes que obligan a cada miembro de la Orden con la humanidad en general.

Con frecuencia oigo decir que no es éste el tiempo más apropiado para el desarrollo de la fraternidad, que el amor a nuestra patria tiene, por el momento, que significar necesariamente odio hacia aquellos países con los cuales estamos en guerra; y que no podemos trabajar de corazón por nuestro propio país, si a la vez no condenamos también de corazón los países opuestos al nuestro.

Debo convenir en que para gentes que se encuentran en cierto estado de desarrollo, y sometidos a ciertas con-

diciones excepcionales, el odio puede ser, si se me permite la expresión, una virtud necesaria. Estoy preparado, además, para admitir que las más de las gentes en casi todos los países, llegan de un modo inevitable a suponer que sus adversarios están llenos de todos los vicios, mientras que ellos están adornados de todas las virtudes. Y probablemente, sería para muchos del todo imposible trabajar para su país como si odiaran a los otros, y no sentir este odio en realidad. Por consiguiente, es parte de la evolución de cierto tipo de individuos, el ser ciegos, en la gran crisis actual, para apreciar las virtudes de los países enemigos del suyo. No pueden dedicarse con alma y corazón a la defensa, sin expresar su vitalidad y arrojo con esas explosiones de odio.

Pero nosotros, los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente, debiéramos ya haber pasado de semejante etapa. Debiéramos ser capaces de trabajar con la mayor devoción por nuestro país, y al mismo tiempo preservar aquel elemento de buena voluntad que tan preciso nos ha de ser cuando finalmente llegue la paz entre las naciones en lucha. Debemos mostrar no solamente que somos patriotas, sino que hemos adquirido un campo de conciencia más amplio por medio del cual, mientras que no es menor nuestro entusiasmo en la defensa de nuestro país, no necesitamos el impulso del odio para saber cumplir con nuestro deber.

Estamos obligados, sin duda, a producir un trabajo activo contra nuestros enemigos, pero igualmente estamos obligados a no producir odio; y conseguir esto que para muchos será una contradicción aparente, es la tarea que los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente han de desempeñar en el momento actual.

Pocas dificultades encontrarán los que pertenecen a

las naciones neutrales para cumplir este deber. Ellos no han sufrido como las naciones en lucha, y más bien deberían tratar, en el momento actual, de establecer relaciones amistosas con los miembros que se encuentran dentro de la zona de guerra, de tal modo que cuando llegue el tiempo, puedan formar parte de los mutuos amigos que tanto se han de necesitar al iniciarse la paz.

Ha de pasar mucho tiempo antes de que desaparezcan las animosidades creadas por la guerra; pero parte del trabajo de las naciones neutrales, y muy principalmente de los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente residentes en éstas, será el de proveer un campo central donde los hasta entonces enemigos, aprendan a encontrarse protegidos y asistidos por mutuos amigos.

Considero, pues, que los Oficiales de la Orden de Europa, tendrán el deber de reunirse en cuanto termine la guerra, para resolver en qué forma ha de contribuir nuestra Orden para restaurar las relaciones amistosas entre las distintas naciones beligerantes. Porque semejante tarea es la más apropiada para la Orden de la Estrella de Oriente y la Sociedad Teosófica. Esta reunión deberá celebrarse, con toda probabilidad, aprovechando la hospitalidad de algún Poder neutral, y espero de los miembros de la Orden que residen en los países neutrales, que preparen el camino para que esa convención sea capaz de ejecutar un trabajo intenso y duradero.

Además, los miembros de los países neutrales harán bien en esforzarse en hacer notar a sus compañeros pertenecientes a los países en lucha, que el Gran Instructor del Mundo tendrá un mensaje para todo el Mundo, y tomará como hijos a los hijos de todas las naciones y gentes. El no juzgará sobre si tenemos razón o si estamos equivocados, sino de acuerdo con nuestra necesi-

dad. Ya sea que la Gran Bretaña o Alemania tengan la razón en la presente guerra, ambas naciones han de necesitar su bendición en el futuro. Ciertamente, desde ahora hay ya por ejecutar mucho trabajo preparativo por los miembros de países neutrales, y espero que están considerando cuidadosamente la responsabilidad que pesa sobre ellos.

En cuanto a nosotros, debemos ceñirnos a la imperiosa necesidad de trabajar por nuestro país, como si odiáramos a nuestros enemigos, pero sin tener este odio. Es el viejo consejo dado en el pequeño libro de Mabel Collins *Luz en el Sendero*: «Mata la Ambición... Trabaja como trabajan los ambiciosos».

Puede suceder, sin embargo, que algunas de nuestras filas hayan sufrido tanto por las desgracias de la guerra, que no les sea posible disociar su miseria de los sentimientos de rencor que tengan para los que consideran que han sido causa de ella.

No es mi intención aconsejar a los que se encuentran en este caso. Hablando por mí mismo, puedo decir con todo mi corazón, que a la vez que he creído ser de mi deber el ayudar a mi país hasta donde llegan mis alcances, en esta crisis, he estado siempre esperando el tiempo en que una vez más sea posible estrechar la mano de nuestros enemigos, y fortalecer con ellos el gran principio de la común fraternidad.

La fraternidad no cesa porque hayamos sido injuriados, o porque otros miembros de la familia hayan cometido grandes equivocaciones. Es indudablemente imposible para la mayoría de los miembros de nuestra familia humana el verlo así, ni posiblemente sería nuestro deber el sugerirles este punto de vista; pero los miembros de la Orden de la Estrella de Oriente no deben

olvidar jamás que, por ahora, son los mensajeros del Gran Instructor, no solamente para su raza, sino para el mundo entero.

Alguno de los que lean estas líneas, tal vez me adorne con uno de tantos epítetos abusivos de los que vulgarmente se prodigan a los que no juzgan las cosas en la misma forma en que lo hace la mayoría. No tenemos en los tiempos que corren libertad de opinión; tampoco gozamos de libertad de palabra; y el patriotismo ha de ser grosero, si espera ser apreciado en el mundo externo.

Yo no creo que sirvo menos a mi país porque me encuentre incapaz de considerar a mis enemigos como verdaderos salvajes. Tengo, sí, la certeza de que los Aliados deben ser los vencedores de esta guerra, si la nueva época ha de ser mejor que la que termina. Pero todos saben que las Potencias centrales están asimismo convencidas de la bondad de su misión. Sólo el tiempo puede juzgar entre ambos. Pero a menos que esta guerra no tenga un objeto, lo que si mi hipótesis es correcta, no puede ser, una de las partes ha de vencer. Sin embargo, recordemos que una parte de la victoria consiste en el uso que se haga de ella, y que la posteridad considerará que verdaderamente ha vencido, aquella nación que, después de la guerra, sea la primera en hablar de caridad y amistad.

¿Estamos nosotros preparados para cuando llegue la paz? Que la primera conferencia que señale la unión de los pueblos hoy enemigos, sea la de la Orden de la Estrella de Oriente. Nosotros debemos ser los guías en el camino. Preparémonos para guiar dignamente, viviendo dignamente desde ahora.

Vuestro, fraternalmente,

GEORGE S. ARUNDALE

La Estrella en varios países

Alemania

FUÉ un placer el recibir, hace algunas semanas, un Informe de Alemania, acerca del trabajo de 1915. El hecho de que un Informe semejante nos haya llegado, a pesar de las luchas de las naciones en el campo de batalla, es un símbolo del espíritu de la Estrella. Por razones obvias, la Sección Alemana no tiene mucho que informar acerca de sus actividades. «Nuestro trabajo en las reuniones», dice el Dr. Hübbe-Schleiden, «no ha sido muy vívido, naturalmente, durante el año pasado. En varios lugares, las reuniones ordinarias tuvieron que abandonarse, porque los Secretarios locales estaban sirviendo en el Ejército, o tenían que duplicar y aun triplicar el trabajo de su profesión para suplir las vacantes de sus colegas». Sin embargo—y este es un hecho que ha sido constatado por muchas Secciones—por la misma naturaleza de las actuales circunstancias de Europa, se ha sentido «un interés más profundo, una comprensión más clara de la Orden y de sus finalidades». En bastantes otros lugares las sesiones continuaron celebrándose con la regularidad acostumbrada, y el número de miembros, en total, ha aumentado. El *Lichtbringer*, órgano de la Sección Alemana, ha cesado de publicarse; pero este vacío se ha llenado provisionalmente con un folleto trimestral que se envía gratuitamente a todos los miembros. El Dr. Hübbe-Schleiden termina su informe manifestando su esperanza y su confianza en el futuro de nuestro trabajo. «Después de todo—escribe—miramos alegremente hacia el porvenir, a pesar de los negros nubarrones que ahora se ciernen sobre nosotros, y agradeci-

dos por el conocimiento de la certeza de la luz que se aproxima». Es una gran ventaja, en estos tiempos, el tener el privilegio de podernos juntar todos, cobijados por la misma idea. Y si bien los ciudadanos de cada nación están comprometidos por su honor a dedicarse al servicio del país a que ahora pertenecen, por encima y más alto que las nacionalidades en lucha brilla la luz tranquila de la Estrella, y dentro de su claridad, nos encontraremos una vez más todos unidos. La esperanza de la Sección Alemana es una con la esperanza de miles de almas, a quienes las circunstancias han hecho, en el plano exterior de la vida del mundo, los enemigos de Alemania.

(Trad. del N° 1 del *Boletín Internacional de la Estrella de Oriente*, por F. V.)

*
* * *